CAPITULO VII.

EN EL CUAL EL CURIOSO LECTOR VUELVE
Á ENCONTRAR Á SAN JUAN BAUTISTA.

DESPUES apareció una criada con una gran charola con vasos de sangría.

La animacion subió de punto.

El hombre decidido á darse gusto se prepara oportunamente reacciones químicas en su propia economía. Despues de lisonjear el tacto, la vista y el oido, termina por complacer al gusto y al olfato.

Esto es lo que se llama gozar con los cinco sentidos.

A las diez y media se presentó Cárlos.

Cárlos era elegante, pero elegante sin afectacion y sin

forzamiento: sabia, como dicen los sastres, *llevar la ropa.* Era sencillo en el vestir y se conocia en él, el hábito del aseo por educacion.

Cárlos se destacaba en todos los grupos como la figura de primer término.

Habia quien lo tachara de orgulloso, pero en realidad los mismos que así lo calificaban solicitaban sus sonrisas: tenia en sí mismo la superioridad sin pretenderla, la elegancia sin apercibirse de ella, la afabilidad sin estudiarla y el tacto, en fin, mas esquisito para hacerse querer.

Aunque sobrio en sus palabras, tenia siempre en sus lábios una frase para cada uno, y habia allí quienes hicieran alarde de tener amistad con Cárlos por estar reconocido como una persona de distincion.

En efecto, era rico é instruido, franco y caballeroso.

Sus amores con Mercedes se habian hecho públicos en pocos dias.

Darémos las causales de esta publicidad: Cárlos no habia hecho mas que dar los primeros pasos en la senda de su amor; pero como á primera vista habia sido y era calificado por todos como un buen partido, estos primeros pasos los habian traducido de este modo:

—Cárlos se va á casar con Mercedes.

Apenas se presentó Cárlos en la sala aquella noche, dos señoras que lo vieron entrar, hablaron de este modo:

—¿Ese es?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—Me gusta para Merced.

—Es buen partido.

—¿Y es rico?

—Por supuesto.

—¿Y cuándo es la boda?

—Creo que pronto.

Por otro extremo de la sala, dos jóvenes hablaban así:

—Ese es el novio de Merced, ¿qué te parece?

—Es muy buen mozo.

—A mí no me lo parece.

—¿Qué dices?

—Es decir, no es tanto como dicen.

—¿Y Merced lo quiere?

—Está loca por él.

Con este tema, la concurrencia hizo cien variaciones, pero en realidad lo único que habia era que Cárlos habia galanteado á Mercedes, sin que por esto dejara de existir cariño mútuo.

Cárlos bailaba poco, y aceptaba el baile no como motivo de placer, sino como ramo de educacion y por no excluir este medio social en su trato con las señoras.

Merced acababa de dar las cuadrillas á Perez, pero al ver entrar á Cárlos, se supuso que Cárlos vendria á pedirle las cuadrillas y se echó á pensar cómo se descartaria de Perez. En dos palabras se puso de acuerdo con su vecina, quien desde luego mandó llamar á Perez con un pollo.

Esta vecina de Mercedes se llamaba Lupe.

—Estas son las cuadrillas que le dí á usted, Perez.

—¿A mí? preguntó Perez.

—Qué mala memoria tiene usted!

—Pero si yo.. ..

—Usted no se acuerda.

—Estas son, Perez, agregó Mercedes; yo estaba presente cuando usted las pidió.

Perez vaciló, pero al fin dijo:

—Sí, Lupe, estas son.

—Pero, si usted no quiere bailarlas.....

—De muy buena gana y doy á usted mil satisfacciones: soy un distraido.

—No, no; sin compromiso.

—Compromiso..... ¡Ca! exclamó Perez que empezaba á conocer que era víctima de una intriga. Es cierto, muy cierto; es usted y no Mercedita mi compañera.

El cambio estaba hecho. Mercedes respiró viéndose libre de Perez y en aptitud para aceptar por compañero á Cárlos.

La música anunció la cuadrilla.

Cárlos no se acercaba.

Comenzaron á pararse las parejas y Cárlos apareció en una cabecera con doña Rosario, quien á pesar de su hijos, no habia abandonado el baile, pero no siempre tenia quien la invitara: de manera que este rasgo de educacion de Cárlos, acabó de poner á doña Rosario enteras mente de su parte.

Mercedes recibió la primera contrariedad al quedarse

sin Perez y sin Cárlos, y pretextando quehacer salió de la sala.

Al terminarse las cuadrillas, un incidente vino á desviar la atencion de los concurrentes del asunto matrimonial que los preocupaba.

Resonaron en la recámara los gritos de un niño; pero era un niño que reventaba los oidos, que aturdia, llorando con todas sus fuerzas.

Hubo un movimiento de alarma en la concurrencia y no faltó quien preguntara en voz alta:

—¿Quién llora?

Y tampoco faltó chusco que contestara:

—San Juan Bautista.

Una risa general sucedió á esta respuesta, y Perez tomando á su cargo la explicacion del enigma, dijo:

—Sí, señores, es San Juan Bautista; quiero decir, el San Juanito de la procesion.

—¡Cómo! preguntó uno, ese niño tan güero y tan bonito que iba esta tarde.

—El mismo, dijo Perez, aquí está, pueden ustedes pasar á verlo.

—Vamos á ver á San Juan.

—A San Juan.

—Vamos, vamos.

Y muchas señoras entraron á la recámara, para ver á San Juan Bautista.

Sobre una cama estaba Chucho y á su lado estaba Elena, mimándolo para que no atarantara.

—Aquí está San Juan.

—¿Cómo te va, San Juanito? le dijo una vieja.

—Los santos no lloran, le dijo otra.

—¡Qué niño tan lindo, lástima que llore!

—¿Qué le han hecho á San Juan? preguntó una polla.

—¿Qué te han hecho? santo.

—Quiere su borrego, dijo la mamá.

—¿Qué es eso? preguntó el padre Martinez desde el gabinete.

—Es San Juan Bautista que llora por su Cordero pascual, padre Martinez.

—¿Qué gerigonza es esa?

—Es el San Juanito de la procesion; es un niño que se llama Chucho y quiere su borrego.

—Eso es otra cosa, exclamó el padre Martinez.

San Juan no transijió con separarse del borrego, sino cuando lo hubieron colmado de juguetes, de dulces, de bizcochos y de besos.

Diremos por qué estaban allí Chucho y su mamá.

En el año á que nos referimos el ceremonial de la etiqueta no era precisamente riguroso en materia de presentaciones: el que daba un baile en su casa no se sorprendia de encontrarse en medio de multitud de personas desconocidas que ni lo saludaran, ni se cuidaba mucho de inquirir la procedencia de sus convidados, pues suponia buenamente que alguno los habia llevado.

En efecto, Elena habia entrado con Chucho pasando

casi desapercibida, con excepcion de dos ó tres personas que la conocian y á quienes Elena habia ya saludado.

A Elena la llevó Perez.

¿Qué de comun tenia Perez con Elena?

Nadie lo sabia.

Si otro hubiera llevado á Elena aquellas hubieran inquirido el parentesco de Elena con su compañero, pero simultáneamente se conformaban todos con esta respuesta que no sabemos por que parecia toral.

—La trajo Perez.

Ya hemos dicho que Perez era un hombre de confianza; Perez era de esos hombres que tienen el privilegio de no inspirar sospechas, era de esos hombres de quienes no se piensa mal nunca.

El mismo D. Pedro María habia oido alguna vez voz de hombre en el cuarto de sus hijas, se habia asomado á ver quien era y habia exclamado muy tranquilo:

—¡Ah! es Perez.

A decir verdad, ni el mismo Perez sabia por qué inspiraba tanta confianza.

En cuanto á Elena, le bastó ser madre de un niño tan lindo como Chucho, para que muchas personas le encontraran esa recomendacion y fué objeto de sinceras felicitaciones.

—Qué feliz es usted, mi alma, le decia una de las tias de Mercedes, qué feliz es usted en ser la madre de San Juan Bautista, tiene usted un hijo como un dulce, María Santísima se lo conserve á usted por muchos años.

—Mil gracias, señora.

—Y lo querrá usted mucho?

—Es mi adoracion.

—Tiene usted razon de sobra. Vamos, que esta tarde me dieron ganas de comérmelo.

—Parecia de porcelana, dijo otra señora.

Chucho se atragantó de dulces y se puso en pié; su mamá lo sacó á la sala, donde Chucho siguió recibiendo los agasajos de la concurrencia.

Despues de las doce de la noche, llegó á su máximum la animacion del bailecito.

La concurrencia habia saboreado, aunque tal vez no con mucho deleite, copitas de licor de canela, de rosa, de garuz y *de perfecto amor*, habia consumido algunos platones colmados de *cuchufletas*, *puchas*, *soletas*, *rodeos y polvorones*, y todo esto con la añadidura de rebanaditas de queso fresco segun hemos dicho ya.

Elena se habia vuelto espansiva y estaba rubicunda. Muy pocos habian notado que Perez era el que mas obsequiaba á Elena.

Como entonces no se bailaba sino cuadrillas, contradanza y vals, la concurrencia empezaba á sentir la necesidad de quitar la monotonía al baile.

No faltó denunciante que asegurara, que Perez bailaba boleras, y un grupo de jóvenes lo rodeó en seguida, rogándole que bailara.

Don Pedro María no era hombre á quien le faltaran

Las Boleras

dos pares de castañuelas, de manera, que bien pronto recibió una diputacion en demanda de este adminículo.

—Les daré las castañuelas ó los palillos, como los llaman ustedes los elegantes, dijo D. Pedro María, y aun podria darles tambien el tratado de Crotalogía que aun conservo.

¡Ay! añadió D. Pedro, abriendo su ropero, yo fuí un excelente bailarin, todavía se acuerda mi muger de nuestras boleras, y oigan ustedes, se le podian ver bailar; y como Rosario ha sido muger de buen pié y pierna, encantaba en una concurrencia; vamos, Perez, aquí tiene usted los palillos.

Perez se ajustó los palillos y se acercó á Elena, quien á su vez hizo lo mismo.

Elena y Perez ocuparon el centro de la sala, tomando la acostumbrada actitud muy conocida hasta de los que no bailan, con el nombre de *primera de boleras*.

Elena y Perez estaban bien plantados: rompió la música y despues de los primeros compases, brazos y piernas hicieron de las suyas. Entre los concurrentes estaban los gachupines de la tienda de abarrotes de la misma calle, quienes acompañaron con el alma las boleras, y ademas tronando los dedos.

Jadeantes hicieron la última pirueta Perez y Elena, y en medio de un estrepitoso aplauso Perez mereció de los gachupines el honroso calificativo de muy listo en el tejer, y Elena, Elena encantó á la concurrencia porque tambien tejió.

Hubo mas cuadrillas y contradanzas, y mas tarde se tocaron tagarotas.

Hablaremos un poco de Elena.

Hemos dicho al principio que Elena no era precisamente una hermosura, y en efecto no llamaba la atencion; pero era sin embargo de esas mugeres cuyos atractivos se exhiben lentamente.

Elena tenia la piel fina.

Perez se lo habia notado á poco tiempo de tratarla.

Elena era cachigorda, bajita de cuerpo, y cuando se la estudiaba, el observador se encontraba agradablemente sorprendido al contemplar una mano bien hecha, de dedos puntiagudos y unos hoyuelos que no carecian de gracia.

El brazo de Elena era tambien torneado y esquisito y su pié arqueado, mexicano y gracioso.

Las boleras dejaron percibir que Elena llevaba un zapatito de raso azul, sujeto con delgadas cáligas, y ademas una media finísima *de la patente.*

Perez, que todo lo sabia, tenia ya para su coleto, y ya hacia quien sabe cuanto tiempo, hecho este acopio de observaciones; y eso era porque Perez era muy curioso.

Como á las cuatro de la mañana, se bailó el jarabe, el palomo y otros bailes del país.

Pollos y pollas estaban ya rendidos por la fatiga y por el sueño, y á las seis de la mañana se retiraron los músicos, y tras de ellos los últimos concurrentes, ofreciendo volver á otro dia mas despacio; chiste que desde entónces sirve para disculparse de hacer una visita demasiado larga.

CAPÍTULO VIII.

UN SUEÑO DE CHUCHO.—RAREZAS.

CHUCHO el Ninfo el héroe de esta historia, debe por ahora ocupar preferentemente nuestra atencion, para seguirlo si ne en todos los detalles de su vida, al menos en todos aquellos incidentes que sean dignos de tomarse en consideracion porque influyan en la formacion de su carácter y costumbres.

Las mamás, que hoy pecan de consentidoras, eran por entónces todavía manilargas, y aquello de que la letra con sangre entra no habia perdido todo su prestigio.

Chucho, merced al mimo con que se criaba, permanecia ignorantito en todo aquello que no fuera el catecismo

del padre Ripalda, y Elena estaba muy contenta porque su hijo relataba *los misterios* con la rapidez de un cohete corredizo.

Por otra parte, el chico se hacia á veces insoportable, al grado de hacer llorar á Elena.

Esta recurria entonces á su paño de lágrimas: á su confesor; porque Elena segun hemos dicho, era muy buena y muy devota.

El confesor de Elena era un hombre muy escrupuloso y muy nímio en el cumplimiento de sus deberes y Elena era una de sus hijas predilectas.

—Ya el niño tiene como siete años, decia el padre un dia á Elena, y es indispensable que vaya preparando su primera confesion.

—Mi hijo es muy inocente.

—Por lo mismo.

—Y es tan impresionable!

—Esa es una cualidad provechosa, porque así tendrá para él ese acto solemne, todo el prestigio que de be tener

—¡Pobrecito! se va á resistir mucho.

—No lo creas, haremos que me conozca y yo lo atraeré.

—¿Con que lo juzga usted preciso?

—Indispensable, hija mia.

—Esperemos siquiera un año.

—Ya sabes que á los siete obliga el precepto, con que disponlo poco á poco y le haremos el paso lo mas agradable que se pueda.

Elena no tuvo mas que obedecer y volviendo á su casa se puso á hablar con su hijo de este importante asunto.

—¿Te quieres confesar? hijo mio, le dijo acariciándolo.

—Yo no.

—¿Por qué, mi vida?

—Porque les tengo miedo á los padres porque regañan.

—Pero el padre Juanito no te regañará, sino que te mandará juguetes, si eres buen muchacho.

—Yo no soy muchacho.

—Quiero decir, si eres un niño fino y bueno.

—Niño fino lo soy, tú me lo has dicho.

—Pero no eres bueno.

—¿Por qué?

—Porque me pegas y me haces llorar, y confesándote, en lugar de hacerme llorar, me harás cariños.

—¿Y eso es ser bueno?

—Sí.

—¿Y si soy bueno qué me das?

—Todo lo que quieras.

—Pues ya soy bueno, dáme dos reales.

—Todavia no, hasta que te confieses.

—¿Y cómo me confieso?

—Yo te lo diré. Esta noche empezaremos el exámen de conciencia.

—¿Y me das dos reales?

—Despues.

—No: dos reales por el exámen y dos reales por la confesion.

—Pero si esas cosas no se pagan con dinero.

—No? pues con que?

—Las paga Dios.

—¿De veras? pues mejor para mí; porque Dios me las paga por su lado y tú por el tuyo. Tú que no eres Dios me darás cuatro reales ó no hay exámen.

—Chucho, Chucho, qué malo eres; exclamó Elena afligiéndose: de eso tambien te has de confesar.

—Adios! ¿de todo?

—De todo, sí señor.

Este diálogo y otros muchos del mismo género precedieron á la primera confesion de Chucho, quien cedia á todo y docilitábase á peseta por transaccion.

El dia en que Chucho se confesó, estaba rico.

Siguió la comunion, y ese dia Chucho estuvo muy bien; su mamá le dijo que estaba muy bonito, que tenia una estrella en la frente y que los ángeles habian de bajar á tomar con él el chocolate; á cuyo efecto, la criada le enfloró el desayuno.

Chucho estuvo mas contento que nunca; le pidió perdon á la criada por las patadas que le habia dado varias veces, y ofreció solemnemente no volver á ser manilargo.

Despues de la primera comunion, Chucho pasó á una escuela de niños, en donde los niños grandes lo bautizaron el primer dia con el apodo de *el Ninfo*.

Chucho á pesar de haber cumplido siete años, conservaba su aspecto dulce y delicado.

Elena bañaba á Chucho cada tercer dia, y antes de vestirlo le ponia en todo el cuerpo polvo de haba aromatizado y le sujetaba todas las noches el cabello con plomos ó papelitos para que amaneciera rizado.

Chucho tenia hermosa cabellera, que hacia muy buen efecto en su frente blanca y tersa, y realzaba las lijeras tintas color de rosa de sus mejillas.

Sin embargo de que Elena era un terron de amores y era tan dulce y tan buena, solia tener sus arranques, en medio de los cuales se acordaba de que todos la acusaban de consentidora; y entonces la ira sustituia á la debilidad de carácter y descargaba en Chucho todo su furor.

Pero como quiera que estos rasgos de rigor no eran sino el resultado de accidentes extraños á la educacion de Chucho, sucedia que Elena azotaba á su hijo cuando menos debia castigarlo.

Esta anomalía, que por desgracia es muy frecuente, producia este efecto:

Chucho no recibió nunca un castigo, sin unir la impresion del daño recibido á la de la injusticia cometida.

Este es el camino mas corto para desprestigiar á todo poder ejecutivo.

Y allí donde la razon se declara impotente y recurre á la indicacion brutal, allí estaba el reproche y el desprestigio: de manera que por esta senda podria afirmarse que mientras mas graves fueran las faltas que Chucho cometiera, mas nulo seria el correctivo, supuesto que si este era equivalente, habia de ser calificado de injusto por Chucho.

Véamos prácticamente de que manera los correctivos crueles suelen producir efectos contraproducentes.

El amor que toma en este pícaro mundo tan sinuosas sendas, que opta por las curvas y caracolea, y que se ha propuesto ir de ceca en meca haciendo diabluras; el amor, decimos, retratado en Grecia con aljaba y flecha, y en Paris retorciéndose el bigote y fumando; el amor tenia mas que ver con Elena y Chucho de lo que á primera vista parece.

Chucho vivia entre dos amores.

Elena entre otros dos.

La criada de Elena entre otros dos.

Y Perez tambien entre otros dos.

Chucho era amado por su madre y por su criada. Elena por su criada y por Perez. Perez amaba á Elena y á Chucho: Chucho amaba á Elena y á la criada, y la criada á su ama y á Chucho.

El amor habia deshojado allí un heliotropo y se habia quedado riendo.

Chucho entre dos existencias femeniles era acariciado doblemente.

Su mamá lo queria, le daba juguetes y lo azotaba.

Su nana, que así le decia á la criada, lo queria tambien, le daba gusto contra la voluntad de Elena y no lo azotaba.

Chucho descansaba de su mamá con su nana, se entretenia con ella y ella sabia divertirlo á las mil maravillas.

A su nana le aprendió cuentos, versos y juegos; con su nana se dormia, y por su nana despertaba.

Elena entre todas sus prendas tenia esta: Era celosa.

Tenia la virtud de los amantes tontos. Y tanto llegaba Chucho á entretenerse con la criada, que Elena lo resentia y se indisponia formalmente.

Elena se lo contaba todo á su director espiritual.

Un dia le hizo esta consulta:

—Padre, tengo un escrúpulo de conciencia.

—¿Qué es ello, hija mia?

—Tal vez será ridículo.

—Habla.

—Estoy celosa.

—¿De quién?

—Le diré á usted, padre, mi hijo está mejor con su nana que conmigo.

—¿Y qué hace?

—Como su nana lo entretiene y lo divierte tanto.....

—Pues ahí tienes la explicacion.

Elena finjió darse por satisfecha, pero estaba segura de no haber hecho mas que media consulta.

La otra media le estaba dando vueltas en la conciencia.

—Mejor será observar, pensó en seguida.

Y quién sabe cuántas cosas pensó despues Elena: tenia, como muchas mugeres, gran facilidad para dejarse llevar de su fantasía.

Un dia Elena se levantó viendo negro: estaba indispuesta, nerviosa, biliosa, de mal humor.

Oyó reir á Chucho con la criada con la mayor frescura y naturalidad: la criada huia de Chucho que la perseguia con un fuete.

Elena se lanzó furiosa sobre Chucho y sin decirle ¡agua vá! le aplicó una azotaina inquisitorial.

Chucho dió una docena de *dós* de pecho, y Refugio, que así se llamaba la *nana*, impidió parte de la ejecucion.

Chucho lloró con verdadero dolor: fué esta la mas fuerte de sus primeras impresiones y el primero de sus momentos amargos, y se ocultó en un rincon donde lo sorprendió el sueño.

Chucho se acostó sollozando.

Elena quiso desplegar un rigor que le pareció de muy buen efecto, dejando á Chucho abandonado á su suerte, y á su vez se acostó y se durmió bien pronto ufana de su ejecucion de justicia.

—Ya soy fuerte, pensaba. Ya es necesario un poco de rigor con este niño, que de otro modo acabaria por dominarme. Ya no me echarán en cara que lo consiento y lo malcrio; que duerma solo para que no se le olvide; durmamos.

Y Elena lo hizo como lo dijo, se durmió.

Véamos lo que entretanto pasaba en el interior de Chucho.

Como hemos dicho, sollozaba y aun le escocia el ardor de los azotes.

La sangre habia afluido al lugar del castigo, los tejidos se habian inyectado y se estaban produciendo todos los fenómenos fisiológicos de la flagelacion.

Chucho encontraba cierto consuelo triste en sus propios sollozos, y poco á poco su dolor físico y su dolor moral se iban modificando en la irradiacion de ondas luminosas que esmaltaban su sueño.

El dolor físico iba tomando nueva forma y ya mas sentia calor que dolor.

La cesacion del dolor es el punto donde empieza el placer: cuando una punzada va á terminar recibimos un aviso placentero que abrevia el padecimiento.

Chucho sentia que ya se iba á acabar el dolor, y probaba la entrada al bienestar, y este momento era de tal manera grato en la inmovilidad, que Chucho procuraba volver á probarlo, moviéndose en sentido de hacerse daño nuevamente para volver á sentir el acabamiento.

En la mente de Chucho habia una cosa en primer término, á pesar de todo y sobre todo: la imaginacion del niño se habia avivado y los objetos que se presentaban en el campo de su fantasía se dibujaban con una lucidez inusitada: el mismo Chucho hallaba placer en sus visiones, las acariciaba como un poeta acaricia sus primeras inspiraciones.

Chucho iba entrando física y moralmente á un bienestar desconocido, al campo vírgen de elucubraciones pe-

regrinas: era una region poblada de luces, de deslumbramientos, de intuiciones y de deleites de un género enteramente desconocido.

La excitacion nerviosa, el sacudimiento de toda la máquina, la impresion dolorosa, el equilibrio de la circulacion con sus fenómenos congestivos por afluencia y depresivos con el efecto del síncope, estaban produciendo aquella revolucion.

En medio de aquella region, en la que el niño entró por la puerta de las lágrimas, se destacaba una imágen: Refugio.

Refugio adquirió la brillantez de todo el panorama; se enaltecia.

Refugio tenia en aquel mundo mas amor, mas caricias, mas consuelos; Refugio se aparecia enternecida, amorosa, buena, como la paz, como la compensacion.

.....

Así se durmió Chucho.

CAPITULO IX.

UN NEGOCIO GRAVE EN LA CASA DE DON PEDRO MARÍA.

EL 25 de Setiembre la casa de D. Pedro María presentaba distinto aspecto que la noche del 24. El placer habia dejado su huella por todas partes, y reinaba el desórden como en un campo de batalla, y no obstante, aquel desórden era atractivo porque avivaba los recuerdos placenteros de la noche del baile.

La vigilia habia marchitado las rosas juveniles: Mercedes y Angelita estaban desveladas, habian reñido con el tocador y con la luz y fluctuaban entre la desazon de la velada y los mil recuerdos dulces de la pasada fiesta.